

COLABORACIONES

La nueva censura

por Manuel L. Alonso*

La censura en la literatura infantil y juvenil se ejerce y se manifiesta, en la actualidad, de maneras más sutiles y encubiertas que en otras épocas de menos libertad. Y son los propios escritores, que no abordan temas que saben que son conflictivos; los editores, que prefieren apostar sobre seguro; o los docentes, que no dan a leer a sus alumnos según que obras, los que ejercen ahora de eventuales censores. Así lo ve, al menos, el autor de este artículo que deplora, entre otras cosas, que la literatura juvenil no aborde el tema del sexo con la misma naturalidad que trata el de la integración racial o el de la tolerancia.





Un niño (probablemente un *pelota* que desea complacer a su profesor) levanta el brazo, en un encuentro entre un autor y sus lectores, y pregunta:

—¿Por qué aparece en su libro la palabra *mierda*?

Una profesora charla con un escritor inmediatamente antes de de que éste se dirija a los alumnos:

—Esta obra suya la hemos trabajado en clase, y les ha gustado mucho. Pero, en cambio, esta otra novela firmada por usted preferí no *trabajarla* por el tema que aborda. En la clase hay un par de niños con padres separados, como los que aparecen en el libro, y no me parece prudente hablar de estas cuestiones.

Un editor devuelve un manuscrito al autor, con una serie de anotaciones al margen: frases, párrafos, incluso conceptos que el editor propone *pulir* (casi siempre, léase *eliminar*). También sugiere retocar el final, alterando por completo su sentido y su intención.

Pregunta: ¿qué está pasando?, ¿es una ola de neoconservadurismo que nos invade? ¿Qué clase de fenómeno es éste que creíamos erradicado para siempre y que, como ciertas enfermedades endémicas o epidémicas, rebrota con fuerza?

Yo lo llamo censura. Estoy equipado para reconocer la censura aunque se disfraza: fui periodista durante la transición

y, desde los primeros relatos para adultos que publiqué en los 60, he sufrido cortes y manipulaciones en mis textos. De acuerdo: ahora nadie me dice qué es lo que puedo escribir, por lo menos no abiertamente. Pero todos los autores sabemos qué temas van a ser mejor recibidos, y qué argumentos o ingredientes conviene evitar. Podría dar una larga lista de ejemplos de temas que invariablemente encantan a los editores, pero será mejor no dar ideas. También se que algunas cosas sobre las que me gustaría escribir, no las publicaría en estos momentos ninguna editorial importante.

A menudo, leo capítulos, libros enteros de Roald Dahl, por poner un ejemplo, que no se hubiesen publicado nunca de haber sido escritos por un autor español.



Editor, ¿traidor?

No hay que culpar a los editores de esta situación. Ellos son un eslabón más de la cadena. A algunos les gustaría publicar libros más audaces. Es cierto que hay editores en este país que, como le dije a uno en cierta ocasión, no reconocerían un buen libro ni aunque le sacudiesen con él en la cara, y son los mismos que prefieren apostar sobre seguro y repetir hasta la náusea el mismo tipo de producto.

Pero también hay excelentes profesionales. Creo que todos los autores de literatura infantil y juvenil tenemos una deuda de gratitud con uno a varios editores que nos ayudaron en algún momento, de manera providencial. Conozco a todos los editores de este país, y me he peleado con casi todos ellos. No creo ser sospechoso de practicar la adulación. Y, además, no necesitan que nadie les defienda: suelen tener dientes y garras de mucho filo. Pero me parece de justicia aclarar que, probablemente, en esta cuestión de la censura no tienen más culpa que otros implicados (autores acomodaticios o prescriptores modorros, por ejemplo).

El editor recibe presiones, se le exigen resultados, ha de moverse dentro de una banda que tiene un tope por abajo, en cuanto a calidad, pero también un límite por arriba, para no sobresaltar a nadie. ¿Resultado? Prefiere un libro bueno, a un libro excepcional. Los excepcional es difícil de manejar: podría ser explosivo.

Censura, tienes nombre de mujer

Pero antes de exculpar por completo a los editores, deseo dejar claro que, en mi opinión, son los que más podrían hacer para cambiar el actual estado de cosas, para que hubiera más diversidad y mayor valentía en los temas y los tratamientos. Está por nacer todavía la colección que de cabida a obras que no tengan nada más que alta calidad literaria, sin valores transversales, ni monsergas.

Y, ahora, una precisión a cerca de los editores españoles: ¿qué es lo que tienen en común? Sobre todo, el sexo. La mayoría son editoras. Cela diría que editar se ha convertido en un «oficio de



señoritas», pero ya se sabe cómo es Cela (a quien, por cierto, hace tiempo que dejaron de preguntarles por qué usa la palabra *mierda* y otras igualmente rotundas).

¿Influye de algún modo en el tipo de libros que se publican, el hecho de que las editoras sean mujeres? Mi opinión es que sí. Daré un ejemplo: tengo comprobado que puedo retratar a un personaje masculino sin piedad, y no pasa nada. Da igual que lo pinte como un tonto o como un malvado. Pero, en cambio, si se me ocurre presentar un personaje femenino que no sea positivo, ya tengo a la editora avisándome de que eso sería sexismo y de que, además, no responde a la realidad.

¿Resultado? Los libros infantiles están llenos de personajes femeninos más inteligentes y admirables que los masculinos. Pero la cuestión va más allá de la calidad de los personajes y atañe, incluso, a la cantidad: poco falta para que a los autores se nos exija una cuota de participación femenina en nuestras historias, es decir, por tantos chicos, igual número de chicas.

Sin entrar en la cuestión de fondo de hasta qué punto un movimiento de reacción puede estar justificado, creo que ésta es también una forma de censura.

Sexo y literatura juvenil

Igual que a los niños de cierta edad interesa, por ejemplo, la escatología, y a

los adultos de cualquier edad, el dinero, a los adolescentes lo que más les importa es el sexo. No el amor, o no sólo el amor, sino el sexo. Es una verdad biológica irrefutable, que no valdría la pena mencionar si no fuese por la portentosa facilidad de casi todos los adultos para olvidar su adolescencia.

De veras, con la mano en corazón (o en el órgano que se prefiera): ¿qué era lo que más nos importaba a los 13 años, a los 15? Pues ahora ocurre exactamente lo mismo. Ellos y ellas, a esa edad, hablan de sexo y piensan en el sexo e, incluso, muchos lo practican. En 8º de EGB de un colegio de las afueras de una gran ciudad, por ejemplo, hay quizá una mayoría de niñas que ya han tenido alguna vez relaciones sexuales completas.

Yo mismo —que dicho sea de paso, a los 13 años estaba muy lejos de haber tenido relaciones sexuales completas— me aficioné a la lectura, sobre todo, porque a mis 13 años los libros eran el único lugar donde se hablaba de sexo. Bien, pues éste, que es para los adolescentes el gran tema, el sexo, prácticamente no se menciona jamás en los libros que se supone que se escriben para ellos.

No propongo libros eróticos para adolescentes (aunque les encantarían), sino obras en las que se aborde esta cuestión tan fundamental con la misma naturalidad con la que se trata la integración racial, o la tolerancia. Y quien dice sexo, dice otros temas de interés para la gente joven. Escribir, en definitiva, sobre las

cosas que de verdad les importan. Les estamos ayudando (?) a aceptar, en clase, a un compañero de otra raza, cuando en realidad para eso no necesitan instrucciones y, en cambio, se les está negando orientación donde más lo necesitan.

El lugar de los libros

Casi todos los libros infantiles y juveniles se venden a través de los centros de enseñanza. Es una fase que no tiene nada de malo mientras no se eternice, mientras no impida seguir más allá en el proceso de formación de lectores. Si el niño lee sólo mientras está en el colegio, y porque se lo ordena el profesor, y deja de leer al abandonar la escuela, todos habremos fracasado. Supongo que esto ya se ha dicho muchas veces. No importa. Lo que tal vez no se ha dicho claramente es que mientras estemos en esta etapa, el que manda es el colegio. Los libros empiezan a ser, simplificando mucho la cuestión, lo que los enseñantes quieren que sean.

Pero el lugar de los libros no puede ser solo la escuela o el instituto. Lo deseable es que el libro esté en la biblioteca, y en la librería, y que el lector vaya a buscarlo y lo elija como una opción libre y gozosa.

Un libro es una materia prima que ayuda a afrontar la vida, o a soñar. Un verdadero lector es quien disfruta con un libro. La condición necesaria para que se encuentren es la libertad. Su principal enemigo se llama censura.

Aunque la forma actual de la censura, la mano que maneja las tijeras está, tal vez, guiada por buenas intenciones (¡pero ésa ha sido siempre la coartada del censor!), hay que volver a declarar que la mejor censura es la que no existe. A quienes intervienen en el proceso creador sin ser ese su papel, a los que por afanes pedagógicos o de rentabilidad económica «se la cogen con papel de fumar» —para seguir citando a Cela— es hora de pedirles: dejadles leer..., y dejadnos escribir. ■

*Manuel L. Alonso es escritor.